

za náutica es hoy muy diferente. Duperre no entendería hoy á Suffren.

No se ha transformado menos el lenguaje de las señales. Hay gran diferencia de las cuatro flámulas ó gallardetes rojos, blancos, azules y amarillos de ayer á los diez y ocho pabellones de hoy, que se izan de dos en dos, de tres en tres ó de cuatro en cuatro, y ofrecen á las necesidades de la comunicacion lejana muchísimas combinaciones, contestan siempre y puede decirse que prevén lo imprevisto.

IV.

El hombre es vulnerable en lo que ama.

Mess Lethierry llevaba el corazón en la mano; su mano era grande y su corazón también.

Era su defecto la admirable claridad que se llama confianza. Su manera particular y solemne de contraer un compromiso la formulaba de este modo:—*Doy mi palabra de honor á Dios*. Dicho esto iba hasta el fin sin cejar nunca. Creía en Dios y en nada más. Frecuentaba las iglesias solo por el buen parecer. En el mar era supersticioso.

Jamás, sin embargo, la tempestad le hizo retroceder; era inaccesible á la contradicción. No la toleraba ni del Océano ni de nadie. Quería ser obedecido y resistía al mar. Mess Lethierry no cedía nunca. Ni le detenían las olas encrespadas ni los vecinos que se le oponían. Lo que decía lo sostenía; lo que tenía en proyecto lo realizaba. No se doblaba ante una contradicción ni ante una tempestad. La palabra *no* no existía para él, ni en la boca de los hombres ni en los rugidos de la tempestad. Pasaba adelante. No consentía que le rechazasen, y de esto dimanaba su obstinación en la vida y su intrepidez en el Océano.

Se sazonaba él mismo una sopa de pescado, sabiendo la dosis de pimienta y de sal y las yerbas que necesitaba, y gozaba tanto condimentándola como comiéndosela.

Mess Lethierry era un sér que un sombrero transfigura y que un sobretodo hace degenerar; que con la cabeza descubierta y los cabellos al aire libre se parece á Juan Bart, y con sombrero de copa alta puesto se le parece á Jocrisse: un sér que es torpe en la ciudad, extraño y temible en el mar; que tiene espalda de mozo de cordel; que sin jurar es muy colérico; es un sér plebeyo que ha

leído la *Enciclopedia*, un hijo de Guernesey que ha presenciado la revolución, un ignorante muy perspicaz sin santurronería, pero visionario; con más fé en la Dama Blanca que en la Santa Virgen; con la forma de Polífemo, con la lógica de la veleta, con la voluntad de Cristóbal Colon.

Mess Lethierry tenía dos amores, que eran *Duranda* y *Deruchette*.

LIBRO TERCERO.

«Duranda» y Deruchette.

I.

Cháchara y humo.

El cuerpo humano quizá solo es una apariencia que oculta nuestra realidad y que se condensa sobre nuestra luz ó sobre nuestra sombra. La realidad es el alma, y casi puede decirse que el rostro solo es una máscara. El verdadero hombre se oculta bajo la apariencia del hombre. Si pudiéramos percibirle agachado y abrigado detrás de la ilusión que se llama carne, experimentaríamos más de una sorpresa. Es error bastante común tomar el sér exterior por el sér real. Hay niña, por ejemplo, que si se la viese como es aparecería como un pájaro.

Sería cosa deliciosa ver un pájaro con la forma de una niña. Figuraos, pues, que la teneis en vuestra casa y que se llama *Deruchette*. No se le ven las alas, pero se oye su gorjeo; de vez en cuando canta. Su charla es inferior á la del hombre, pero su canto es superior. Hay misterio en ese canto; la virgen parece que tenga envoltura de ángel. Cuando la mujer se forma, el ángel se vá, pero más tarde vuelve trayendo una alma pequeña á la madre. Transcurriendo los años de la vida, la que ha de ser madre un día es mucho tiempo niña. Al contemplarla nos asalta este pensamiento: Es muy complaciente! No se vuela desde la tierra al cielo. La jóven tiene en sí algo del ángel. Es como un pensamiento azul que se mezcla con nuestro pensamiento negro. Le agradecemos que sea tan ligera, tan frívola, tan fugaz, tan intangible y que se preste á ser visible, cuando parece que podría, si quisiera, ser impalpable. Lo hermoso es necesario

en la tierra. Hay en el mundo pocas funciones más importantes que la de encantar. El bosque se desesperaría sin el colibrí. Es prestarnos un gran servicio darnos alegría, despedir rayos de felicidad, ser lo halagüeño del destino, la armonía, la gracia y la gentileza. Tal belleza en la criatura posee el arte de ser para todo lo que la rodea un encantamiento: algunas veces ella misma no lo sabe; entonces nos seduce más; su presencia nos ilumina, su aproximación nos enardece; pasa y nos alegra, se detiene y nos hace felices; mirarla es vivir; no hace más que eso, pero es lo suficiente; convierte la casa en edén; de todos sus poros brota un paraíso. Tiene algo de divino poseer esa sonrisa que, sin saber cómo, disminuye el enorme peso de la cadena que arrastramos. *Deruchette* poseía esa sonrisa; mejor dicho, era esa misma sonrisa.

Es sangre particularmente atractiva la de Guernesey y la de Jersey. Las mujeres, sobre todo cuando son solteras, brillan con belleza floreciente y cándida. Se vé en ellas la combinación de la blancura sajona y la de la fresca normanda; tienen las mejillas rosadas y las miradas dulces, aunque les falta el resplandor. La educación inglesa las amortigua. Sus ojos lípidos serán irresistibles el día en que la profundidad parisiense aparezca en ellos. *Deruchette* no era parisiense, pero tampoco era guernesiana. Nació en Saint-Pierre Port y Mess Lethierry la educó. La educó para ser linda, y lo era.

Deruchette tenía la mirada indolente y era agresiva sin saberlo. Quizá no conocía el sentido de la palabra amor, pero se complacía en enamorar á los que la rodeaban, aunque sin mala intención. No pensaba en casarse.

Deruchette poseía las manos más hermosas del mundo y piés dignos de sus manos; *cuatro patitas de mosca*, como decía Mess Lethierry. Toda su persona respiraba bondad y dulzura. Su familia y su riqueza la constituían Mess Lethierry, que era tío suyo; su trabajo consistía en ir viviendo; su talento, en entonar algunas canciones; su ciencia en su belleza; su ingenio en su inocencia, y su corazón en su ignorancia; tenía la graciosa pereza de la criolla mezclada con la viveza y el atolondramiento, la alegría insustancial de la niñez con tendencias á la melancolía; gastaba tocados algo insulares, elegantes, pero incorrectos, y sombreros con flores todo el año; su frente era

cándida, su cuello suelto y tentador, sus cabellos castaños, y en su boca, grande, pero bien modelada, brillaba la peligrosa claridad de su sonrisa. Tal era *Deruchette*. Algunos días despues de puesto el sol, en los momentos en que la noche se confunde con el mar, á la hora en que el crepúsculo dá cierto vapor á las olas, se veía entrar en el puerto de Saint-Sampson una masa informe, una silueta monstruosa que silbaba y escupía, un bulto horrible que rugía como una bestia y echaba humo como un volcán, una especie de hidra babeando espuma y rodando hácia la ciudad con espantoso sacudimiento de aletas natatorias y con fauces que vomitaban llamas.

Era la *Duranda*.

II.

Historia eterna de la utopía.

Era una prodigiosa novedad un barco de vapor en las aguas de la Mancha en 182*, que tuvo, por espacio de mucho tiempo, azorada á toda la costa normanda.

En la actualidad, diez ó doce vapores se cruzan en sentido inverso en su horizonte marítimo y no llaman la atención de nadie. Lo más que consiguen es atraer la atención del conocedor especial, que distingue por el color del humo que tal buque quema carbon de Wales y tal otro carbon de Newcastle. Pasan y nada más. Bien venidos sean, cuando llegan. Buen viaje tengan, cuando parten.

No veían con tanta tranquilidad esas invenciones en el primer cuarto del siglo, y su mecanismo y su humo eran repulsivos á los insulares de la Mancha.

En el archipiélago puritano, en el que la reina de Inglaterra fué acusada de haber violado la Biblia (1) por haberse auxiliado en un parto con el cloroformo, lo que consiguió el buque de vapor fué que se le bautizase con el nombre de *el Buque-Diablo*.

A los buenos pescadores de entonces, que primero fueron católicos, despues calvinistas y siempre santurrones, les parecía ver en el barco un infierno flotante.

Un predicador local trató en el púlpito esta cuestión: «¿Hay derecho para hacer trabajar juntos el agua y el fuego, que Dios ha separado? Esa bestia de fuego y de hierro, ¿no se parece á Leviatán? ¿No

(1) Génesis, cap. III, ver. 16. Parirás los hijos con dolor.

es eso rehacer el caos por un capricho humano? No era aquella la primera vez que la ascension hácia el progreso se calificaba de vuelta al caos.

Idea loca, error grosero, absurdo. Ese fué el veredicto que pronunció la Academia de Ciencias cuando la consultó al principio del siglo Napoleon, pidiéndola dictámen sobre el barco de vapor.

Los pescadores de Saint-Sampson merecen indulgencia si no se hallan en materias científicas más que al nivel de los geómetras de Paris, y en materia religiosa la isla de Guernesey no está obligada á saber más que un gran continente como el de América.

En 1807 hizo el primer viaje el barco de vapor de Fulton, patrocinado por Livingston, provisto de la máquina de Watt, traída de Inglaterra, llevando, además de la tripulacion, dos marineros franceses, y haciendo la travesía desde Nueva-York á Albany, y la casualidad hizo que este viaje se verificase el 17 de Agosto. Sobre esta fecha el metodismo tomó la palabra y en todas las capillas los predicadores maldijeron aquella máquina, declarando que el número 17 era el total de las diez antenas y de las siete cabezas de la bestia del Apocalipsis. En América se invocaba contra el navío de vapor la bestia del Apocalipsis y en Europa la bestia del Génesis. No habia otra diferencia.

Los sábios rechazaban el buque de vapor como cosa imposible, y los sacerdotes le rechazaban como cosa impia; la ciencia condenaba y la religion seguia condenando. Fulton era una variedad de Lucifer. Las gentes sencillas de las costas y de los campos se adherian á esta doble reprobacion por el desasosiego que les causaba aquella novedad. Ante el barco de vapor, el punto de vista religioso era el siguiente:—El agua y el fuego están divorciados por mandato expreso de Dios. Ni se debe desunir lo que Dios ha unido, ni unir lo que Dios desunió. El punto de vista del vulgo era el siguiente:—Esa máquina me dá miedo.

Para atreverse en aquella época á acometer la empresa de hacer navegar un buque de vapor desde Guernesey á Saint-Malo, se necesitaba nada menos que un hombre del temple de Mess Lethierry; solo él podia concebir esta idea como libre-pensador y realizarla como audaz marino: lo que él tenia de francés concibió este pensamiento, y lo que tenia de inglés lo ejecutó.

En qué ocasion? Vamos á decirlo.

III.

Rantaine.

Cuarenta años antes de la época que pasaban los sucesos que estamos relatando, habia en las afueras de Paris, cerca de la muralla de la ronda, entre la Fosa de los Lobos y la Tumba-Jesoire, una casa sospechosa. Era una casucha aislada, y todos temian pasar por allí. La habitaba con su mujer y con su hijo una especie de bandido de levita, antiguo pasante del Chatelet, que acabó por ser ladrón. Más adelante le persiguieron los tribunales de justicia. Se llamaba Rantaine. En la casa, sobre una cómoda de caoba, habia dos jarros de porcelana que contenian flores; en uno de ellos habia escrito con letras doradas: *Recuerdos de amistad*, y en el otro: *Prueba de afecto*. Como el padre y la madre habian pertenecido á la clase media, el niño aprendia á leer; le educaban. La madre, pálida y haraposa, casi maquinalmente daba educacion al pequeñuelo; le hacia deletrear, interrumpiendo solo su tarea para ayudar á su marido á cometer alguna alevosia, ó para prostituirse á cualquier transeunte. Entre tanto, el niño, con el abecedario abierto por la página en que se habia quedado deletreando, reflexionaba.

El padre y la madre, cogidos en algun flagrante delito, desaparecieron en el abismo de la noche penal. El niño desapareció tambien. Lethierry, en sus excursiones, encontró á un hombre que era aventurero como él; le sacó de no sabemos qué atoladero, le prestó un servicio, que el desconocido le reconoció; le cobró voluntad, le recogió, le condujo á Guernesey, y viendo que era inteligente en el cabotaje, le hizo su asociado. Este asociado era el chicuelo Rantaine, que habia crecido. Rantaine, como Lethierry, estaba dotado de cuello robusto, de ancha y poderosa espalda para cargarse fardos y de fuertes lomos como un Hércules Farnesio. Lethierry y él tenian el mismo modo de andar é idéntico continente, pero Rantaine era algo más alto. El que los veia pasearse juntos por el puerto decia: "Ahí van dos hermanos." Mirados de frente se diferenciaban mucho. Todo lo que en Lethierry era franco y abierto, en Rantaine era nebuloso y cerrado. Rantaine era circunspecto, maestro de armas; á veinte pasos clavaba un balazo en una vela, daba desco-

munales puñetazos, recitaba versos de la Henriada y adivinaba los sueños. Si hubiese sido posible hojear el librito de memorias que llevaba encima, entre las notas se hubieran encontrado datos del género siguiente: "En Lem de Francia, en una de las hendiduras de la pared de uno de los calabozos de San José, hay escondida una lima." Hablaba con lentitud discreta.

Decia que era hijo de un caballero de San Luis. Su ropa blanca la tenia marcada con iniciales diferentes. Nadie era tan quisquilloso como él en puntos de honor; se batia y mataba. Tenia en la mirada algo de la madre de la actriz. La fuerza en él servia de envoltura á la astucia.

En Guernesey se ignoraban completamente sus aventuras, que eran abigarradas. Si los destinos humanos tienen su vestuario, el destino de Rantaine debia vestirse de arlequin. Habia recorrido el mundo y sabia vivir. Era un circunnavegante. Fué cocinero en Madagascar, pajarero en Sumatra, general en Hocolulu, periodista religioso en las islas de los Galápagos, poeta en Omrawutte y francmason en Haiti. Pero su máscara de francmason no le impedia llevar careta católica. La primera le conciliaba con los hombres del progreso y la segunda con los hombres de orden. Se declaraba blanco de pura sangre y odiaba á los negros. En Burdeos en 1815 habia sido polizonte. Su vida era un continuo eclipse: aparecia, desaparecia y volvía á aparecer. Era un tuno de siete suelas. Poseia el turco. Fué esclavo de un taleb en Tripoli, donde aprendió el turco á palos; su empleo entonces se concretaba á ir por la noche á la puerta de la mezquita y leer allí en alta voz delante de los fieles el Alcorán, escrito en tablas de madera ó en omoplatos de camello. Probablemente era un renegado.

Era capaz de todo y de algo más.

Soltaba carcajadas y fruncia al mismo tiempo las cejas. Era alegre y cordial. La forma de su boca desmentia el sentido de sus palabras. Las ventanas de su nariz eran tan grandes como las de un caballo. Tenia en el ángulo de los ojos una encrucijada de arrugas, en la que se habian dado cita toda clase de pensamientos oscuros; solo en ella podia descifrarse el secreto de su fisonomía. Su pata de gallo era una especie de garra de gavilán. Su cráneo estaba deprimido por la parte alta y era ancho junto á las sienas.

Llegó un dia que en Guernesey no supieron dónde estaba Rantaine.

El asociado de Lethierry desapareció, dejando vacía la caja de la sociedad. En aquella caja se encerraba dinero de Rantaine, pero habia tambien cincuenta mil francos de Lethierry; éste, á fuerza de constancia y de probidad, pudo ganar en cuarenta años cien mil francos. Rantaine se le llevó la mitad.

Lethierry, semiarruinado, no se abatió por eso y pensó inmediatamente en el modo de rehacerse del golpe recibido. Se arruina la fortuna, pero no el valor de los hombres de corazon. Entonces empezaba á hablarse de la invencion de los buques de vapor. Le ocurrió, pues, á Lethierry la idea de ensayar la máquina de Fulton y de comunicar por medio de un barco de esta clase el archipiélago normando con Francia. Para realizar esta idea se jugó el todo por el todo, dedicando á ella el resto de su fortuna. Seis meses despues de la fuga de Rantaine vieron salir con asombro los habitantes de la isla, del puerto de Saint-Sampson, un buque que echaba humo y que producía el efecto de un incendio dentro del mar; era el primer barco de vapor que surcaba las aguas de la Mancha.

Dicho buque, que el odio y el desden del vulgo bautizó inmediatamente con el burlesco apodo de la Galeota de Lethierry, fué destinado desde luego á prestar un servicio regular desde Guernesey á Saint-Malo.

IV.

Continuacion de la historia de la utopia.

El éxito que obtuvo el referido buque se acogió desfavorablemente en la isla. Los patrones que hacian el viaje de la isla de Guernesey á la costa francesa pusieron el grito en el cielo. Denunciaron este atentado contra la Santa Escritura, y algunas iglesias fulminaron sus rayos contra él. Un reverendo, llamado Elilin, calificó el buque de vapor de *libertinaje*. El buque de vela fué declarado ortodoxo. Se vieron con claridad los cuernos del diablo en el testuz de los bueyes que el vapor traía y desembarcaba. Esta protesta duró bastante tiempo. Pero poco á poco fueron notando que los bueyes llegaban menos fatigados y se vendian á más precio; que era mejor su carne; que eran menores los riesgos marítimos para los hombres; que la trave-

sía era menos costosa, más segura y más breve; que se partía y se llegaba á hora fija; que como el pescado viajaba más de prisa, lo compraban más fresco, y que desde entonces podían despachar en los mercados franceses lo que les sobraba de las grandes pescas de Guernesey; que la manteca de las admirables vacas de Guernesey hacia los viajes con mayor rapidez y la solicitaban de muchos puntos, y en fin, que, gracias á la galeota de Lethierry, el viaje era seguro, había regularidad en las comunicaciones, las idas y las vueltas eran fáciles y rápidas, se desarrollaba la circulación, se multiplicaban las salidas de las mercancías y se extendía el comercio. Algunos despreocupados aplaudieron este adelanto. El señor Landoys, el escribano cartulario, concedió imparcialmente sus simpatías al buque, y eso que no quería bien á Lethierry, entre otras razones porque aunque era escribano de Saint-Pierre Port, era feligrés de Saint-Sampson, y en esta parroquia no había más que dos hombres despreocupados, Lethierry y él. Era, por consiguiente, natural que se aborrecieran el uno al otro.

Esto no obstante, el señor Landoys tuvo la abnegación de aplaudir el progreso del buque de vapor, y algunos otros se adhirió á su opinión. Este hecho fué subiendo insensiblemente en la consideración pública como una marea. El tiempo, el éxito continuo y creciente y la evidencia del servicio que prestaba, como lo demostró el aumento del bienestar general, consiguieron que llegase un día en que todo el mundo en la isla admirase la galeota de Lethierry, exceptuando unos cuantos sábios.

Actualmente la admirarían menos: aquel buque de vapor, construido hace cuarenta años, haría reír á nuestros actuales constructores. Aquella maravilla era deforme y defectuosa.

De los modernos buques de vapor trasatlánticos á los de ruedas, también de vapor, que hizo maniobrar Dionisio Papin en 1707, hay la misma diferencia que la que hay del navío de tres puentes *Montebello*, de doscientos piés de longitud y cincuenta de anchura, de entena mayor de quinientos piés, de tres mil toneladas, de mil y cien hombres de tripulación, á la carabela danesa del siglo segundo, que se encontró cargada de hachas de piedra, de arcos y de mazas en las playas de Wester-Setrup, y se depositó en el ayuntamiento de Hensburgo.

Cien años de intervalo, desde 1707 á

1807, separan el primer buque de Papin del primer buque de Fulton. La galeota de Lethierry era indudablemente un progreso comparado con aquellos dos bocetos, pero ella era también un boceto, aunque magistral. Todo embrion de la ciencia presenta este doble aspecto: es monstruoso como feto y maravilloso como germen.

V.

El «Buque-Diablo».

La galeota de Lethierry no estaba arbolada según las exigencias de los buques de vela, pero esto no era defecto, porque el barco tenía por motor el vapor, y el velamen solo era un accesorio; además de que el buque de ruedas es casi insensible á la acción de las velas. La galeota pecaba de corta, de redonda y de recogida; tenía exceso de mofletes y de caderas. No se atrevieron á hacerla ligera. Cabeceaba, arfaba poco, pero rodaba mucho; los tambores eran demasiado altos. Su mucha latitud no era proporcionada á su longitud. Su máquina maciza la agobiaba, y para poderla cargar bien era preciso levantar mucho las obras muertas, lo que la hacía casi adolecer de los efectos de las gabarras bastardas, cuyas obras muertas se han de quitar para darles condiciones marineras y de combate. Siendo corta debía virar con prontitud, hallándose el tiempo empleado en la evolución en razón directa de la longitud del buque, pero su pesadez la privaba de esta ventaja que debía tener. Su costillaje era demasiado ancho y la entorpecía, porque sabido es que la resistencia del agua es proporcionada á la mayor sección sumergida y al cuadrado de la velocidad del buque. La proa era vertical; esto actualmente no sería defecto, pero en aquel tiempo era costumbre invariable dar á la proa una inclinación de cuarenta y cinco grados. Las corvas del casco estaban bien igualadas, pero no eran bastante largas respecto á la oblicuidad y respecto al paralelismo con el prisma de agua desalojado, el que solo debe rechazarse lateralmente. Cuando la mar estaba gruesa, la galeota echaba demasiada agua, lo que indicaba un vicio en el centro de gravedad. No estando colocada la carga donde era conveniente por el motivo del peso de la máquina, el centro de gravedad pasaba con frecuencia detrás del palo mayor, y en este caso solo podía

contarse con el vapor y desconfiar de la vela mayor, porque el efecto de ésta hacía arribar el buque á la banda en lugar de permitirle ceñir el viento. El gobernalle era el gobernalle antiguo, no de rueda como el actual, sino de palanca, y se volvía alrededor de sus goznes, unidos al estambor ó codaste, y se movía por medio de una vigueta horizontal que pasaba por debajo de los yugos principales. El buque tenía dos botes, que eran una especie de canoas, y cuatro anclas, la mayor, la segunda y dos anclas de horca. Estas cuatro anclas, todas con cadena, funcionaban por medio del cabestrante mayor de popa ó del pequeño de proa. Entonces el molinete de bomba no había aun reemplazado al esfuerzo intermitente de la barra de espeque. No teniendo más que dos anclas de horca, no podía el buque fondear con bastante asiento. Las boyas eran normales, y estaban construidas de modo que, permaneciendo á flote, llevaban el peso del orinque. La chalupa tenía la dimensión conveniente: era la verdadera lancha de auxilio del buque, y bastante fuerte para poder llevar un ancla maestra. Consistía una de las novedades de la galeota en que se hallaba en parte aparejada con cadenas, sin que esta circunstancia menguase la movilidad de las maniobras corrientes ni la tensión de las maniobras durmientes. La arboladura era correcta, la cepilladura bien cerrada. Los tablones eran sólidos, pero groseros. El buque andaba con una velocidad de dos leguas por hora. Puesto en facha, se echaba perfectamente. Tal como era la galeota de Lethierry, resistía bien el mar; pero carecía de tajamar para dividir el líquido, y no se podía decir que tuviera buenas maneras. Se comprendía que en un peligro debía ser poco manejable. Producía el crujido de una cosa informe.

La galeota era, sobre todo, un recipiente, y, como todo buque destinado principalmente al comercio, estaba casi exclusivamente dispuesto para la estiva. Admitía pocos pasajeros. El transporte del ganado hacía la estiva muy difícil, porque se arrimaban los bueyes á la sentina, lo que producía complicaciones. Actualmente se les estiva sobre cubierta. Los tambores estaban pintados de blanco; el casco, hasta la línea de flotación, de color de fuego, y todo el resto del buque de negro.

Vacío calaba siete piés y cargado ca- torce.

La máquina era poderosa. Tenía la fuerza de un caballo por cada tres toneladas, que es casi la fuerza de un remolcador. Las ruedas bien puestas, algo delante del centro de gravedad del buque. La máquina tenía una presión máxima de dos atmósferas. Gastaba mucho carbon, á pesar de ser de condensador y de fiador. Carecía de volante, por la instabilidad del punto de apoyo, y lo suplía, como se suple hoy, por medio de un doble aparato, que hace alternar dos manubrios fijos en las extremidades del árbol de rotación y dispuestos de modo que uno se halla siempre en un punto fuerte cuando el otro está en un punto muerto. Toda la máquina descansaba sobre una sola plancha de fundición, por cuya circunstancia, ni aun en el caso de grave avería podía haber golpe de mar que le quitase el equilibrio, y el casco deformado no podía deformar la máquina. Para que ésta fuese todavía más sólida, tenía colocado el contrapeso principal cerca del cilindro, que se transportaba desde el medio á la extremidad del centro de oscilación. Posteriormente se han inventado los cilindros oscilantes, que permiten suprimir los contrapesos, pero entonces no se conocían. La caldera tenía tabiques y estaba provista de su correspondiente bomba. Las ruedas eran muy grandes, lo que le disminuía la fuerza, y la chimenea era muy alta, lo que aumentaba la atracción del humo; pero la magnitud de las ruedas hacía que tomasen más agua, y la altura de la chimenea hacía que ésta tomase más viento. En aquel tiempo la máquina de la galeota parecía y era admirable.

Se forjó en Francia en el taller de fundición de Bery. Mess Lethierry en parte la ideó; el mecánico que la compuso según sus instrucciones murió á poco de terminarla, de modo que era una máquina única y de imposible reemplazo. Vivía el dibujante, pero faltaba el constructor. La máquina había costado cuarenta mil francos.

El mismo Lethierry construyó la galeota en el astillero cubierto que está situado al lado de la primera torre, entre Saint-Pierre Port y Saint-Sampson. Fué á Bresna á comprar la madera, y empleó en su construcción toda su habilidad de calafate. Se reconocía su talento en el bordaje, cuyos tablones eran estrechos é iguales y estaban cubiertos de sarangusti, que es un betun de la India superior á la brea. El forro estaba claveteado y la coraza untada con gallegalle. Para

remediar en lo posible la redondez del casco, ajustó su botavante al bauprés, lo que le permitía añadir á la cebadera otra cebadera falsa.

El día que se botó el barco al agua exclamó Lethierry:

—Ya me he salvado de la ruina!

La galeota, efectivamente, tuvo muy buen éxito.

Casualmente ó con intencion, fué botada al agua el 14 de Julio. Lethierry, de pié sobre cubierta entre los dos tambores, mirando al mar con fijeza, exclamó:

—Te ha llegado tu vez! ¡Los parisien-
ses se han apoderado de la Bastilla; ahora, mar, me apodero yo de tí!

La galeota de Lethierry hacia todas las semanas el viaje desde Guernesey á Saint-Malo. Zarpaba el martes por la mañana y volvía el viernes por la tarde. Era de mayor casco que los buques mayores de cabotaje de todo el archipiélago, y como su capacidad estaba en razon directa de su dimension, cada uno de sus viajes valia, por su porte y por sus rendimientos, por cuatro viajes de un buque ordinario. Los beneficios que reportaba eran considerables. La reputacion de un buque depende de su estiva y Lethierry era un estivador admirable. Cuando ya no pudo embarcarse, dió sus instrucciones al marinero que se encargó del buque. A los dos años, la galeota producía limpias setecientas cincuenta libras esterlinas anuales, es decir, ocho mil francos. La libra esterlina de Guernesey vale veinticuatro francos, la de Inglaterra veinticinco y la de Jersey veintiseis.

VI.

Entrada de Lethierry en la gloria.

La galeota prosperaba. Mess Lethierry iba á llegar á ser señor don. En Guernesey hay varios escalones que subir para llegar hasta allí. El primer escalon es llamarse por el nombre á secas; Pedro, por ejemplo. El segundo escalon es ser el vecino Pedro. El tercero ser el tío Pedro. El cuarto ser el señor Pedro. El quinto ser don Pedro, y el último escalon ser el señor don Pedro.

Esta escala, que nace en la tierra, continúa en el mar. Toda la gerarquía de Inglaterra se escalona en ella. Esta escala sube desde el pueblo á la clase media, desde la clase media á la nobleza,

desde la nobleza á la pairía y desde la pairía al trono.

Mess Lethierry llegó á ser algo, gracias á que su empresa llegó á feliz término, esto es, gracias á la máquina de vapor.

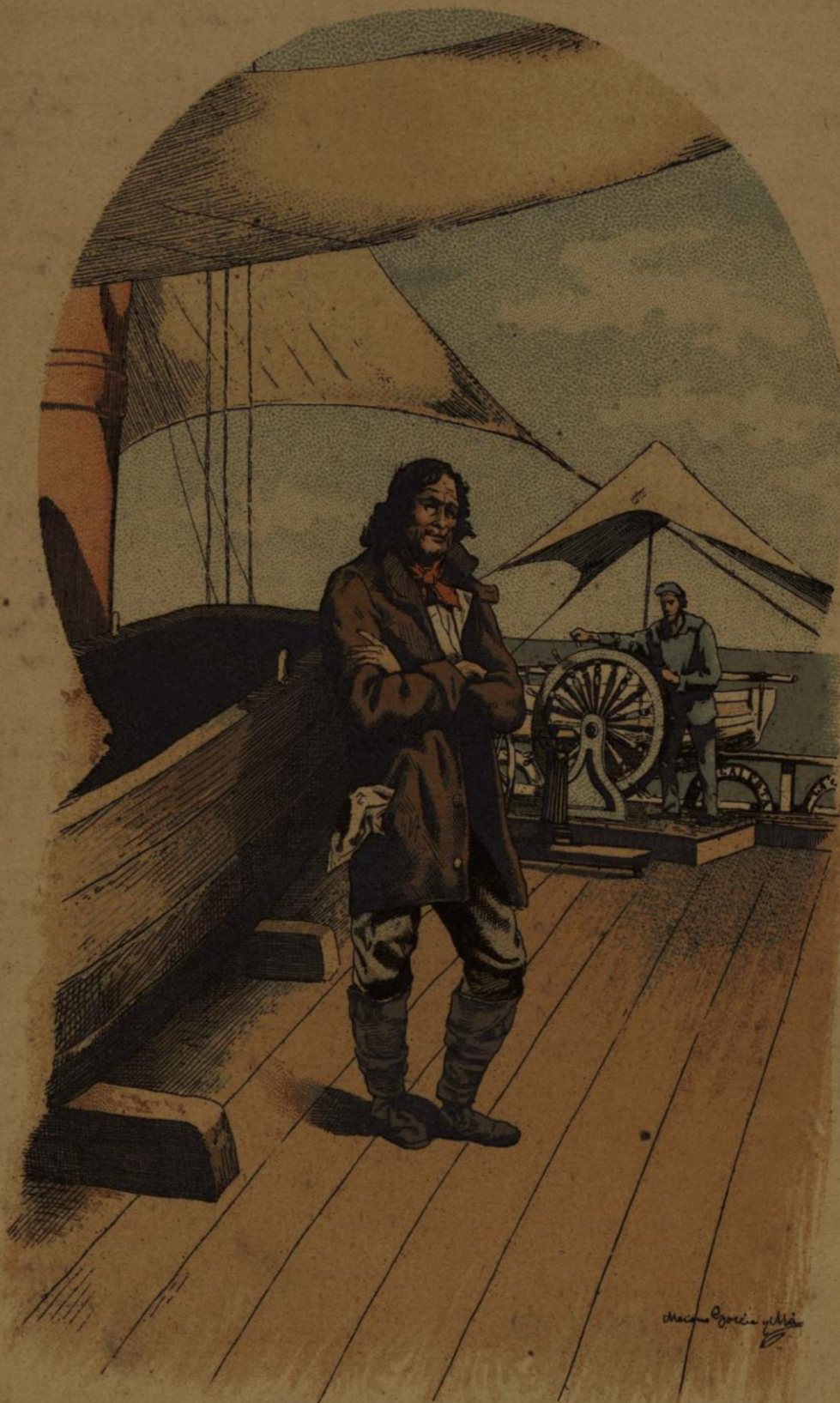
Para construir la galeota tuvo que tomar dinero prestado; contrajo deudas en Bresna y en Saint-Malo, pero iba amortizándolas anualmente.

Además, compró á crédito, en la entrada del puerto de Saint-Sampson, una elegante casa de piedra, nueva, situada entre el mar y un jardín, que en uno de sus ángulos tenia este letrero: *Las Bravées*.

La casa de las Bravées, cuya fachada interior formaba parte de la muralla del puerto, era notable por la doble fila de ventanas, que por la parte del Norte daban á un cercado lleno de flores y por la parte del Sur al Océano; de modo que aquella casa tenia una fachada frente á las tempestades y otra frente á las flores. Las dos fachadas parecían hechas exprofeso para sus dos habitantes; Mess Lethierry y miss Deruchette.

La casa de las Bravées era popular en Saint-Sampson, porque su dueño lo era. La popularidad de éste procedía de su bondad, de su desprendimiento y de su valor; de haber salvado la vida á muchos hombres y de la circunstancia de haber dado al puerto de Saint-Sampson el privilegio de las salidas y entradas del buque de vapor. Viendo que el *Debil-Boat* era un buen negocio, Saint-Pierre, la capital, lo reclamó para su puerto; pero Mess Lethierry quiso permanecer en Saint-Sampson, que era su ciudad natal. Así adquirió gran popularidad en la isla. Su cualidad de propietario contribuyente le convirtió en lo que se llama en Guernesey un ciudadano. Le declararon prohombre. El pobre marinero subió cinco escalones de los seis de que consta el orden social guernesiano, y estaba próximo á asaltar el sexto.

Mess Lethierry desdeñaba, ó tal vez no conocía, el lado vanidoso de la sociedad. Su única satisfaccion se cifraba en saber que la era útil: ser popular le halagaba menos que ser necesario. No sentía, como hemos dicho ya, más que dos amores, y, por consiguiente, dos ambiciones: *Duranda* y *Deruchette*. Puso dos números á la lotería del mar y le tocó el premio gordo. El premio gordo para él era la *Duranda* navegando.



LETHIERRY ESCLAMÓ: AHORA, MAR, ME APODERO DE TI

VII.

El mismo padrino y la misma patrona.

En cuanto Lethierry acabó de construir su galeota, le puso por nombre *Duranda*. Así la llamaremos en lo sucesivo.

Duranda y *Deruchette* son el mismo nombre. *Deruchette* es el diminutivo de *Duranda*, diminutivo muy usado en el Oeste de Francia. Los santos en sus aldeas llevan con frecuencia este nombre, con todos sus diminutivos y aumentativos. Se cree que son varios nombres, pero siempre es uno mismo. Las identidades de patronas y patronos, bajo nombres diferentes, no son raras. *Lise*, *Lisette*, *Lisa*, *Elisa*, *Isabel*, *Lisbeth*, *Betsi*, todo esto significa *Elisabeth*.

Santa *Duranda* es una santa del *Angoumois* y de la *Charente*. ¿Era ó no conforme á las reglas? Que lo averigüen las personas competentes. Nosotros solo diremos que, correcta ó no, tenía capillas.

Cuando Lethierry era jóven marinero y se encontraba en *Rochefort*, conoció á esa santa, probablemente en el nombre de la persona de alguna jóven del país, que pudo ser muy bien la modistilla de manos y de uñas bonitas. Recordó bastante ese nombre para bautizar con él á lo que más amaba en el mundo, para llamar *Duranda* á la galeota y *Deruchette* á la niña.

Era padre de la primera y tío de la segunda.

Deruchette era hija de un hermano suyo y huérfana de padre y madre.

Reemplazó á los dos Lethierry, adoptándola.

Deruchette era, pues, su sobrina y su ahijada. La sacó de pila, le encontró una patrona, Santa *Duranda*, y un pronombre, *Deruchette*. Esta, como dijimos, nació en *Saint-Pierre Port* y estaba inscrita con la fecha correspondiente en el registro de la parroquia.

Mientras la sobrina fué niña y el tío pobre, nadie hizo caso de ella; pero cuando la niña se convirtió en *miss* y el marinero fué casi un *gentleman*, *Deruchette* llamó la atención. El nombre chocó tanto, que algunos le preguntaban á su tío por qué se llamaba *Deruchette*, y el tío le respondía: *Porque le he querido poner ese nombre*. Trataron muchas veces que la cambiase el nombre, pero Lethierry no quiso nunca. Un día una mujer de la

high life de *Saint-Sampson*, casada con un herrero rico retirado ya, le dijo á Lethierry:—De hoy en adelante llamaré á vuestra hija *Nancy*.—Pues mi hija no responderá á semejante nombre, contestó él.

Se engañaría el que dedujese de lo que acabamos de decir que Lethierry no quería casar á su sobrina. Quería casarla, pero á su gusto. Estaba empeñado en que diese la mano á un hombre parecido á él, que trabajase mucho, para que ella no hiciera nada. Le gustaban las manos negras en el hombre y blancas en la mujer. Para que su sobrina no se las echase á perder, la educó como una señorita. Le puso maestro de música, un piano, una pequeña biblioteca, y también hilo y agujas en un canastillo de labor. *Deruchette* tenía más afición á leer que á coser, y más afición á la música que á la lectura. *Mess Lethierry* deseó que fuera así. Solo quería que fuera hermosa. La educó más para ser flor que para ser mujer: esto lo comprenderá con facilidad todo el que haya estudiado á los marineros. Los hombres rudos se apasionan de todo lo delicado. Para que la sobrina realizase el ideal del tío, era necesario que éste fuera rico; á eso aspiraba Lethierry y con ese objeto explotaba su máquina marítima. La *Duranda* tenía que constituir la dote de *Deruchette*.

VIII.

El aire escocés *Bonny Dundée*.

D*eruchette* ocupaba la habitación más bonita de las *Bravées*, que era un aposento con dos ventanas, con muebles de caoba y una cama con pabellon verde y blanco, que tenía vistas al jardín y á la elevada colina donde está situado el castillo del Valle. Al otro lado de esta colina estaba el *Bú de la Calle*.

En este aposento tenía *Deruchette* sus papeles de música y el piano. Se acompañaba al piano cantando su canción favorita, la melancólica melodía escocesa *Bonny Dundée*, que entonaba con singular expresión. Cuando *Deruchette* tocaba al piano, los que pasaban por la falda de la colina se paraban muchas veces á la parte de fuera de la tapia del jardín, al oír cantar con su voz tan fresca aquella canción tan triste.

Deruchette era la alegría de la casa y hacia reinar en ella primavera perpétua. Era bella, pero más que bella hermosa, y más que hermosa gentil. Recordaba á